

El universo como epifanía estético dramática en el *Himno del Universo* de Pierre Teilhard de Chardin*

Cecilia Inés Avenatti de Palumbo **

Resumen

La evolución nos ha hecho pensar nuevamente los criterios con los cuales nos referimos a la belleza de la naturaleza. A partir de su descubrimiento, la dimensión cósmico espacial se ha ampliado hacia contornos temporales insospechados provocando con ello la irrupción de lo brutal, de lo fragmentario, de lo material como lugar de epi-

* Este artículo fue presentado en el *IV Congreso Latinoamericano de Ciencia y Religión "Rastros y destinos de la evolución"*, realizado por la Facultad de Filosofía y Letras y de Teología de la Pontificia Universidad Católica Argentina (UCA) y la Fundación Diálogo entre Ciencia y religión, Buenos Aires, 14 al 16 de septiembre de 2009. Cf www.decyr.net.

** Doctora en Letras. Actualmente se desempeña como Profesora Titular de Estética en la *Facultad de Filosofía y Letras y Teología* (UCA), en la *Maestría en Comunicación Audiovisual* (UCA) y en la *Facultad de Filosofía* (Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino). Ha sido Profesora Invitada de la *Facultad de Humanidades* (Universidad de Montevideo - Uruguay) y del Magister y Doctorado en Letras (PUC-Chile). Se desempeña además como: miembro del *Consejo Académico* de la Facultad de Teología (UCA); directora del *Seminario Interdisciplinario Permanente de Literatura, Estética y Teología* en la Facultad de Teología (UCA); miembro de la *Sociedad Argentina de Teología* y de la *Comisión Ejecutiva del Proyecto Bicentenario Patrio (2010-2016)* de la UCA. Es investigadora con *Dedicación Especial* en la Facultad de Filosofía y Letras (UCA). Su área de investigación es el diálogo interdisciplinario entre Literatura, Estética y Teología. Entre los libros propios se destacan *La literatura en la estética de Hans Urs von Balthasar. Figura, drama y verdad* (Salamanca: 2002) y *Lenguajes de Dios para el siglo XXI. Estética, teatro y literatura como imaginarios teológicos* (Juiz de Fora - Buenos Aires: 2007). Entre los libros colectivos que ha dirigido; *El camino de la belleza. Documento y comentarios* (Agape Libros, 2009), *Belleza que hiera. Reflexiones sobre Literatura, Estética y Teología* (Agape Libros 2010). Es directora de las *Jornadas: Diálogos entre Literatura, Estética y Teología* (2002-2004-2007-2010) y miembro fundador de la *Asociación Latinoamericana de Literatura y Teología* (2007 Río de Janeiro ALALITE), de la cual es actualmente presidente por el período 2008-2010. Contacto: ceciliapalumbo@sion.com.

fanía de lo divino. Esto le otorga a la figura estética una dimensión dramática cuya presencia no había sido advertida hasta entonces en toda su potencialidad expresiva. En esta nueva coordenada emerge la epifanía de lo divino en el *Himno del Universo* de Pierre Teilhard de Chardin, que es uno de los pocos textos reeditados y recientemente traducidos y publicados en castellano.

Palabras clave

Evolución, belleza, estética, materia, drama, epifanía divina.

The Universe as an Aesthetic and Dramatic Epiphany in the Hymn of the Universe of Pierre Teilhard de Chardin

Abstract

Evolution makes us think once again on the criteria with which we refer to the beauty of nature. After its discovery, the cosmic spatial dimension has been extended towards unsuspected contours for the irruption of the brutal, the fragmentary or the material as divine epiphanic spaces. This gives the aesthetic figure a dramatic dimension which had not been noticed in all its expressive potentiality. This is where the epiphany of the divine emerges in Pierre Teilhard de Chardin's *Hymn of the Universe*, one of the few texts reedited and recently translated and published in Spanish.

Keywords

Evolution, Beauty, Aesthetics, Matter, Drama, Epiphany of the divine.

"Escribo estas líneas por exuberancia de vida". Así comenzaba Teilhard de Chardin (1881-1955) sus *Escritos en tiempos de guerra*, gestados al calor de la misma experiencia del frente de batalla de la Primera Guerra Mundial, en la que también se originaron los textos de su *Himno del Universo*¹, obra que abordaremos aquí desde la perspectiva estética, respondiendo a la invitación de sumar la voz de la poesía al diálogo interdisciplinario entre Ciencia y Religión. Publicadas póstumamente, las dos obras mencionadas han sido ubicadas en su corpus teológico místico del siguiente modo:

Son textos no de juventud, mas sí de la primera madurez de un hombre que no se suelta en la escritura hasta los 35 años. [...] Son, por tanto, textos primeros, inaugurales, pero no primerizos. Son aurora y germen de una visión y un pensamiento que luego se desarrollarán con gran coherencia. [...] Es una vitalidad exuberante que nunca abandonará a Teilhard y que inspirará sus mejores páginas, las más emblemáticas y permanentes. [...] Porque Teilhard ha sido fiel a sus experiencias y visión primeras, ha persistido en ellas; y hasta en el último de sus escritos, *Lo crístico*, en la proximidad ya de su muerte, ha continuado expresando la misma intuición, eso sí, variada, modulada, enriquecida: la de un medio divino, místico o crístico tan extenso como el universo, puesto que es la profundidad espiritual de toda la materia².

Nos introduciremos, pues, en el mundo teilhardiano desde el horizonte de esta fuente de inspiración originaria a través del fragmento de la forma poética, a fin de demostrar: primero, que los textos reunidos en el *Himno del Universo* son fruto de una experiencia signada por la gratuidad y el exceso; segundo, que el relato titulado *La potencia espiritual de la materia*, sobre el cual concentraremos nuestro análisis, puede ser interpretado desde la perspectiva estético-dramática de la figura de la gloria; tercero, que el "Himno a la

-
- 1 Esta obra publicada en 1961 reúne bajo este título cuatro grupos de textos que coinciden por su carácter himnico, que fueron compuestos en diferentes tiempos. Los tres primeros pertenecen al período de la Primera guerra, a saber: *La misa sobre el mundo* (1923), *Cristo en la materia* (1916), *La potencia espiritual de la materia* (1919). El cuarto grupo de textos titulado *Pensamientos* está formado por fragmentos de obras publicadas e inéditas, reunidas temáticamente en torno a los temas más significativos de su producción teológica y espiritual: "La presencia de Dios en el mundo", "La humanidad en marcha", "Sentido del esfuerzo humano", "En el Cristo total". Cf. Pierre Teilhard de Chardin, *Hymne de l'Univers* (Paris: Éditions du Seuil, 1961). Citamos por la traducción castellana en circulación Pierre Teilhard de Chardin, *Himno del Universo* (Madrid: Trotta, 2004).
 - 2 Alfredo Fierro, "Prólogo", en Pierre Teilhard de Chardin, *Himno del Universo*, *op.cit.*, 11.

materia", punto culminante del relato, puede ser considerado como una epifanía poética del universo en evolución.

1. ***El Himno del Universo como escritura que brota de un exceso***

Concebido como canto coral en honor de un dios, el himno es una de las más antiguas formas líricas desarrolladas por los griegos, el cual solía ejecutarse con fines propiciatorios durante las festividades religiosas. Esta forma del género lírico, que aparece en las *Cartas* de Pablo, será asumida luego por el cristianismo, el cual le confirió permanencia al incorporarlo a la liturgia³, sobre todo a través del monacato que recreó los himnos ambrosianos. A partir de entonces y hasta nuestros días, la poesía hímica acompañó interrumpidamente la oración pública de la Iglesia cristiana. J. Leclercq subraya que estas "fórmulas escritas para ser empleadas en los diferentes actos del culto" no fueron concebidas como "un conjunto cerrado y acabado, al cual nada se puede añadir", sino como una figura abierta y dinámica, las cuales nunca dejaron de componerse y recrearse.⁴ La vigencia del género decrece con el fin de la Edad Media y desde entonces no se encuentra un desarrollo importante del mismo hasta siglo XIX, cuando el himno reaparece aunque expoliado de su carácter religioso, conservando de los primeros sólo su condición de canto a un ser de superior jerarquía. En este contexto, a principios del siglo XX y en el escenario de la experiencia de las trincheras, el joven sacerdote jesuita Teilhard de Chardin, que hasta entonces sólo había escrito informes de geología y paleontología, elige el himno como forma de alabanza «del» universo al Creador, asumiendo las raíces cristianas y litúrgicas del mismo, a la vez que renovándolo desde su mirada del universo en evolución.

3 Cf. Angelo Marchese – Joaquín Forradelas, *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria* (Barcelona: Ariel, 1998).

4 Jean Leclercq, *El amor a las letras y el deseo de Dios. Introducción a los autores monásticos de la Edad Media* (Salamanca: Sígueme, 2009), 299.

Si bien el genitivo del título puede ser interpretado en sentido objetivo o subjetivo, H. de Lubac acierta en proponer la lectura subjetiva por ser la que más se corresponde con el pensamiento teilhardiano⁵. Esto señala un importante cambio de perspectiva del yo hímnico, ya que no se presenta en primer lugar como canto del hombre al universo, sino como canto «del» universo entero al Creador. El sujeto poético es aquí «todo el universo» al cual el hombre une su voz en una suerte de "liturgia cósmica". La relación entre la experiencia de la presencia divina en todo el universo y el despertar del autor a la escritura ha sido subrayada por sus biógrafos. Así lo atestigua, por ejemplo, H. de Lubac:

Cuando estalla la guerra, Pierre Teilhard de Chardin todavía no se ha encontrado a sí mismo. Sus ideas científicas han madurado ya. En contraste con la mentalidad dominante a su alrededor, ya percibe que se le impone esta Evolución generalizada, cuya visión acompañará y guiará todo el posterior desarrollo de su pensamiento; se presenta a su espíritu «no tanto como una noción abstracta sino más bien como una *presencia...*, hasta invadir enteramente su alma». [...] En el transcurso de los años de guerra, entre el catorce y el diecinueve, Pierre Teilhard llega a la plena madurez. En el frente, tocando a la muerte, lejos de todos los convencionalismos de la vida ordinaria, en la soledad de las noches de guardia o bien en los intervalos de reposo, algo en retaguardia, reflexiona, ora y, escrutando el futuro, se entrega. La presencia de Dios lo invade. Podemos seguir en parte el cambio que en él se va operando, durante este período «fogosamente creador», a través de las cartas [...]⁶.

La evolución desempeña, pues, un papel central en la génesis de la producción literaria, de quien confesará mucho después en *El corazón de la materia* (1950): "Tenía yo treinta años cuando, abandonando el antiguo dualismo estático, logré renacer dentro de un universo en evolución dirigida. ¡Qué transformación en mi pensamiento!"⁷ Es justamente esta presencia divina en el universo la que se le revela como un exceso de vida, en el cual "la materia es la última y más deslumbrante teofanía"⁸.

5 Cf. Henri de Lubac, *La oración de Teilhard de Chardin* (Barcelona: Estela, 1966) 44-45, ver nota 32.

6 *Ibid.*, 24-25.

7 Citado por *Ibid.*, 24, nota 4.

8 Ignacio Larrañaga, *Salmos para la vida* (Buenos Aires: San Pablo, 1998), 67.

El Tú al que se dirige el sujeto poético del himno es un Dios personal, no un "infinito sin figura" sino el rostro del Dios encarnado, Jesucristo⁹. "La concreta tangibilidad de la tierra, la fragilidad del mundo vivo, la obsesionante belleza de la naturaleza: todo ello podía ser para Teilhard un medio para la revelación divina"¹⁰. Precisamente de este "medio divino" –que "no es Dios sino creación y mediación suya"¹¹– brota esta «poesía cósmica». Así lo expresa el autor en el número LXVI de sus *Pensamientos*, que constituyen la cuarta y última parte del *Himno del Universo*: "Establezcámonos en el medio divino. Nos encontraremos en lo más íntimo de las almas y en lo más consistente de la Materia. Descubriremos, con la confluencia de todas las bellezas, el punto ultravivo, el punto ultrasensible, el punto ultraactivo del Universo"¹². La belleza representa, pues, el punto de unidad donde materia y espíritu se vuelven teofánicos. El exceso y la gratuidad son cualidades propias de la belleza que a Teilhard se le presentan como exuberancia de vida, como el plus cuya presencia invade y transfigura todas las cosas. El ser como exceso y la sobreabundancia de vida¹³ vertebran no sólo el pensamiento sino la forma teilhardiana de expresar líricamente su experiencia de la presencia cósmica de Cristo, tal como aparece en el relato titulado *La potencia espiritual de la materia* a cuyo análisis dedicaremos el segundo momento de nuestra reflexión.

-
- 9 Henri de Lubac señala una correspondencia entre el Dios suprapersonal de Teilhard que es un infinito con figura y la "superfigura infinitamente determinada" a la que se refiere Balthasar en *Gloria*. "Es necesario que insistamos, porque si se menospreciara esta evidencia, o si no se le diera la importancia capital que él mismo le daba, sería imposible entender a Teilhard de Chardin, su pensamiento y su persona. La presencia concreta en el corazón del Universo, dominando, animando, atrayendo hacia Sí este Universo; la presencia de un Dios personal –supra-personal, es decir, ultra-personal–, de un Dios que ama y previene, de un Dios capaz de revelarse y que, de hecho, se ha revelado, de un Dios todo Amor, representa para él la verdad suprema. Quiso ser siempre el «el adorador de aquel que es más grande que el Mundo», y su gran ambición fue la de guiar a sus contemporáneos por el camino de esta adoración. Quería conducirlos de nuevo, a partir de sus «visiones evolucionistas», que los habían desviado en un principio, a las concepciones tradicionales de un Dios que influye intelectualmente sobre las mónadas inmortales distintas de Él». Henri de Lubac, *La oración de Teilhard de Chardin*, op. cit., 30-31.
- 10 Pierre Teilhard de Chardin, *Escritos esenciales* (Santander: Sal Terrae, 2001), 31.
- 11 Alfredo Fierro, "Prólogo", en Pierre Teilhard de Chardin, *Himno del Universo*, op. cit., 18.
- 12 Pierre Teilhard de Chardin, "Pensamientos LXVI", en *Ibid.*, 113.
- 13 Para una epistemología del exceso como noción que atraviesa una teología para el siglo XXI cf. A. Gesché, *El sentido* (Salamanca: Sígueme, 2004), 111-119.

2. El relato *La potencia espiritual de la materia* como figura estético-dramática

"Por la virtud de tu dolorosa Encarnación, Señor, descúbrete y enséñanos luego a captar celosamente, a través de Ti, la fuerza espiritual de la Materia"¹⁴. En esta plegaria sintetiza Teilhard el sentido crítico de su camino. El suyo es un llamado a descubrir la presencia radiante de Cristo en las profundidades de la materia. Con razón –y más allá de las diferencias que los separa¹⁵– Hans Urs von Balthasar (1905-1988), el teólogo suizo de la belleza, no duda en situarlo entre los grandes científicos que junto con poetas y artistas custodiaron el *sensorium* de la gloria de la creación, que había iluminado a la teología patristica y medieval y que la lógica conceptualista de la neoescolástica no pudo conservar¹⁶.

El relato *La potencia espiritual de la materia* se inicia con un epígrafe bíblico que corresponde a la escena del rapto de Elías, lo cual nos sitúa en un espacio y tiempo visionarios. En el escenario del desierto comienza y concluye la narración. No se trata sólo de un marco exterior, sino de una presencia que otorga unidad al conjunto de la obra, la cual configurada por un texto narrativo de índole estético-dramática y un texto lírico, el *Himno a la materia*. La soledad y el silencio del desierto es el lugar donde se produce el encuentro con lo divino en la Materia, lo cual provoca en el protagonista el éxtasis, la lucha con Dios y la transfiguración de la experiencia en

14 Pierre Teilhard de Chardin, "Pensamientos XIV", en *Himno del Universo*, op. cit., 78.

15 Balthasar ubica a Teilhard en la constelación de los estilos laicales junto a Soloviev por las correspondencias en la visión global y el proceso de hominización de la naturaleza. Si bien subraya en él el *sensorium* de la gloria [Hans Urs von Balthasar, *Gloria. Una estética teológica* 3. *Estilos laicales* (Madrid: Encuentro, 1987), 294.300] y el hecho de que la eucaristía sea la garantía de la posibilidad de asumir la corporalidad humana y la existencia histórico sexual de nacimiento y muerte en el amor trinitario". [Hans Urs von Balthasar, *Gloria. Una estética teológica*. 7. *Nuevo Testamento* (Madrid: Encuentro, 1989), 329], sin embargo, advierte sobre el riesgo de desembocar en el triunfo de un neonaturalismo que pase por alto la teología de la gloria [cf. Hans Urs von Balthasar, *Gloria. Una estética teológica*. 5. *Metafísica Edad Moderna* (Madrid: Encuentro, 1988), 416], así como también sobre el peligro de disolver la dramaticidad de la existencia ante una epopeya de la evolución [Hans Urs von Balthasar, *Teodramática* 2. *Las personas del drama. El hombre en Cristo* (Madrid: Encuentro, 1992), 42].

16 Cf. Hans Urs von Balthasar, *Gloria. Una estética teológica*. 5. *Metafísica Edad Moderna*, op. cit. 33.

palabra poética, pronunciada desde el carro de fuego como el fruto exuberante del arrebato experimentado. La narración se inicia con la descripción del proceso estético de encuentro entre la figura que aparece, la cosa, y la percepción del sujeto:

El Hombre, seguido de su compañero, caminaba por el desierto cuando la cosa se echó encima de él. Desde lejos se le había aparecido. [...] Y entonces el Hombre vio. [...] El Hombre cayó, con la faz pegada a la tierra, puso las manos sobre su rostro y esperó¹⁷.

La presencia divina irrumpe, el objeto "se le aparece" en el medio del camino y el sujeto responde: "vio" y "cayó" postrado ante la Materia, en la que se le patentizaba la profundidad de su misterio. A la percepción le sigue el éxtasis:

Y después, bruscamente un sopro ardiente rozó su frente, forzó la barrera de sus pupilas cerradas y penetró hasta su alma.

El Hombre tuvo la impresión de que dejaba de ser únicamente él mismo. Una irresistible embriaguez se apoderó de él como si toda la savia de toda su vida, afluyendo de golpe a su corazón excesivamente reducido, recrease enérgicamente las fibras debilitadas de su ser.

Y al mismo tiempo le oprimió la angustia de un peligro sobrehumano –el sentimiento confuso de que la fuerza que había caído sobre él era ambigua e imprecisa–, esencia combinada de todo el mal con todo el bien.

El huracán se había introducido en él.

Y he aquí que, en el fondo del ser que ella había invadido, la tempestad de vida, infinitamente dulce y brutal, murmuraba en el único punto secreto del alma que no había sacudido enteramente.

«Me has llamado; heme aquí. Arrojado por el Espíritu fuera de los caminos seguidos por la caravana humana, has tenido el valor de la soledad virgen. Cansado de las abstracciones, de las atenuaciones, del verbalismo de la vida social, has querido medirte con la Realidad entera y salvaje.

Tenías necesidad de mí para crecer, y yo te esperaba para que me santificases. [...]

¿Vienes?»

«¡Oh, divino y potente, ¿cuál es tu nombre? Habla!»

«Soy el fuego que quema y el agua que derriba; el amor que inicia y la verdad que pasa. Todo lo que se impone y lo que renueva, todo lo que

17 Pierre. Teilhard de Chardin, "La potencia espiritual de la materia", en *Himno del Universo*, op. cit. 57-58.

desencadena y todo lo que une: fuerza, experiencia, progreso. Yo soy la Materia. [...]»

«Oh, Materia, ya lo ves, mi corazón tiembla. Puerto que eres tú, di, ¿qué quieres que haga?»

«¡Arma tu brazo, Israel, y lucha denodadamente contra mí!»¹⁸.

Si consideramos el proceso de este encuentro del Hombre con la Materia desde la perspectiva de la experiencia estética, descubrimos que está configurado sobre el dinamismo de un éxtasis recíproco. Hay una preeminencia temporal del objeto Materia que sale de sí "bruscamente" como "soplo ardiente" de vida que penetra "hasta el alma", ante lo cual el sujeto responde saliendo de sí en "irresistible embriaguez". Las referencias a la violencia del arrebato son reforzadas por otras imágenes como las del "huracán", "la realidad entera y salvaje", "el fuego que quema", "el agua que derriba". La intensidad crece: a la embriaguez, se suman el fluir y la angustia, invasión de la tempestad de vida que es "infinitamente dulce y brutal". Como en el lenguaje de los místicos, abundan los contrastes y oxímoron para expresar lo inexpresable.

Todo esto hace temblar el corazón del Hombre que se prepara para una lucha feroz con la Materia. Al introducir la bíblica figura de Jacob nos coloca el narrador en el umbral del paso de la estética a la dramática, que adquiere aquí dimensiones cósmicas. El Espíritu de la Materia es "provocador y hostil", con "acre sabor de batalla" escondido en sus pliegues, acompañado del "olor a fiera de los bosques", "siniestro y embriagador perfume que sube de los pueblos de guerra"¹⁹. Así describe el narrador la lucha que entabla el protagonista con la Materia:

18 Pierre Teilhard de Chardin, "La potencia espiritual de la Materia", en *Ibid.*, 58-59.

19 Cf. *Ibid.*, 59.

El Hombre, todavía postrado, tuvo un sobresalto, como si hubiese sentido un espolonazo. De un salto, se levantó enfrentándose a la tempestad. [...] Aseguró sus pies en el suelo y comenzó a luchar. [...]

Primero luchó para no ser dominado, y después luchó por la alegría de luchar, para experimentar que era fuerte.

«Empápate de la Materia, hijo de la Tierra, báñate en sus capas ardientes, porque ella es la fuente y la juventud de tu vida.

¡Ah! ¡Tú creías poder prescindir de ella porque se ha encendido en ti el pensamiento! Esperabas estar tanto más próximo al Espíritu cuanto más cuidadosamente rechazases lo que se palpa; más divino si vivieses en la idea pura; más evangélico, al menos si huyeses de los cuerpos.

¡Pues bien! ¡Te has visto morir de hambre!

Necesitas aceite para tus miembros, sangre para tus venas, agua para tu alma, de lo Real para tu inteligencia; [...]

[...] porque todo conocimiento abstracto se refiere al ser marchito; porque no basta saber para comprender el Mundo: hay que ver, tocar, vivir en la presencia, beber la cálida existencia en el seno mismo de la Realidad. [...]

No, la pureza no consiste en la separación, sino en una penetración más profunda del Universo. [...]

¡Qué hermoso es el Espíritu cuando se eleva adornado con las riquezas de la Tierra!

¡Báñate en la Materia, hijo del Hombre! ¡Sumérgete en ella, allí donde es más impetuosa y más profunda! ¡Lucha en su corriente y bebe sus olas! ¡Ella es quien ha mecido en otro tiempo tu inconsciencia, ella te llevará hasta Dios!»²⁰

Y venció la Materia: el Hombre se dejó bañar y arrebatado por la fuerza espiritual del universo, se dejó transformar dejando atrás las banalidades, los dualismos, espiritualismos, abstraccionismos, hasta alcanzar "una profunda renovación" interior en la que su ser se expandió tanto como el universo. Y entonces se sintió un "extranjero". Fue en ese preciso momento cuando "en el seno del torbellino, una luz creciente que tenía la dulzura y la movilidad de una mirada" lo fue atrapando hasta que sintió como "un calor" que era "la emanación de una carne": "El Oriente nacía en el corazón del Mundo. Dios irradiaba

20 *Ibid.*, 60-61.

en la cúspide de la Materia"²¹. El Verbo de Dios hecho carne en el seno del Universo: esta es la experiencia originaria de Teilhard. Ante tal visión ya en el carro de fuego cayó de rodillas y cantó el *Himno a la Materia*, introduciendo en la narración el *logos* poético, con cuya consideración iniciamos el tercer momento de nuestra reflexión.

3. **El *Himno a la materia* como epifanía de la palabra poética**

La evolución ha llevado a pensar de nuevo los criterios con los cuales nos referimos a la belleza de la naturaleza. A partir de su descubrimiento, la dimensión cósmica se ha ampliado hacia contornos temporales insospechados, provocando con ello la irrupción de lo brutal, de lo fragmentario, de lo material, como lugares de epifanía de lo divino. Esto le otorga a la figura de lo bello natural una dimensión dramática cuya presencia no había sido advertida hasta entonces en toda su potencialidad expresiva. La emergencia de la epifanía divina en las profundidades de la Materia ofrece una posibilidad diferente de mirar el cosmos. Señala el teólogo argentino L. Florio al respecto:

Aunque siempre se haya considerado que lo negativo conforma la estructura de este mundo, la ciencia moderna y contemporánea opera como un prodigioso resonante de la negatividad estructural de cosmos. [...] Aunque todavía sea posible mirar el bosque y practicar una visión romántica o lírica –absolutamente fundada en la hermosura fenoménica–, una segunda y reflexiva mirada descubre el entramado trágico del paisaje. Crueldad y caducidad no anulan la hermosura, pero la contextualizan en un marco menos inocente²².

En esta coordenada hemos de entender el alcance del *Himno a la Materia* con el cual Teilhard se anticipa a problemas de gran actualidad en los comienzos del siglo XXI. El tú individual al que se dirige el yo lírico es ahora la Materia a la cual bendice, saluda, implora:

21 *Ibid.*, 62-63.

22 Lucio Florio, "Una segunda ingenuidad para mirar el cosmos", en Pontificio Consejo para la Cultura y Cecilia Avenatti - Juan Quelas (coord.), *El camino de la belleza. Documento y comentarios* (Buenos Aires: Agape Libros, 2009), 120.

Bendita seas tú, áspera Materia, gleba estéril, dura roca, tú que no cedés más que a la violencia y nos obligas a trabajar si queremos comer.

Bendita seas, peligrosa Materia, mar violenta, indomable pasión, tú que nos devoras si no te encadenamos.

Bendita seas, poderosa Materia, evolución irresistible, realidad siempre naciente, tú que haces estallar en cada momento nuestros esquemas y nos obligas a buscar cada vez más lejos la verdad.

Bendita seas universal Materia, duración sin límites, éter sin orillas, triple abismo de las estrellas, de los átomos y de las generaciones, tú que desbordas disuelves nuestras estrechas medidas y nos revelas las dimensiones de Dios.

Bendita seas Materia mortal, tú que, disociándote un día en nosotros, nos introducirás por fuerza en el corazón mismo de lo que es.

Sin ti, Materia, sin tus ataques, sin tus arranques, viviríamos inertes, estancados, pueriles, ignorantes de nosotros mismos y de Dios. Tú que castigas y que curas, tú que resistes y que cedés, tú que trastruecas y que construyes, tú que encadenas y que liberas, savia de nuestras almas, mano de Dios, carne de Cristo, Materia, yo te bendigo²³.

La visión ingenua de la naturaleza, como un libro armonioso que hay que descifrar²⁴, ha sido reemplazada por esta visión dramática de una Materia, que se presenta terrible si atendemos a los epítetos por medio de los cuales la personifica como "áspera", "peligrosa", "poderosa", "universal" y "mortal".

Que la "evolución irresistible" conmueva la rigidez de los modos racionalistas de comprender el mundo, es una puerta que Teilhard abre a la valoración de esos otros lenguajes que fueron abriéndose paso a lo largo del siglo XX: el metafórico, el simbólico, el afectivo, a cuyo concierto se suma aquí el lenguaje cósmico.

No se trata sólo de "mirar la escena" que se desenrolla a nuestro alrededor, sino de "entrar en la acción dramática" de la Materia que ejerce un poder de liberación y transformación a nuestro espíritu. Es justamente la acción negativa de la materia la que pone en evidencia la estrechez de nuestros horizontes y la amplitud de las dimensiones

23 Pierre Teilhard de Chardin, "Himno a la Materia", en *Himno del Universo*, op. cit., 64.

24 Cf. Lucio Florio, op. cit., 109-122.

cósmicas e interiores de Dios. No se trata del camino kenótico sino del ritmo evolutivo de ir a la vida atravesando la muerte violenta y destructora. En el número XLV de *Pensamientos* incluye Teilhard también una serie de bendiciones del sufrimiento, que se encuentran en la misma sintonía que las del *Himno a la Materia*:

Benditas sean las decepciones, que nos arrebatan la copa de los labios, y las cadenas que nos obligan a ir hacia donde no queremos ir.

Bendito sea el tiempo inexorable y su perpetua sujeción, la inexorable esclavización del tiempo que va demasiado lentamente e irrita nuestras impaciencias, del tiempo que camina demasiado deprisa y nos hace envejecer, del tiempo que no se detiene y que no vuelve jamás.

Bendita sea, sobre todo, la muerte y el horror de su recaída en las energías cósmicas.²⁵

La fuente de la fuerza transfiguradora de la Materia es el misterio cristiano de la Encarnación; por ello dice: "mano de Dios, carne de Cristo, Materia, yo te bendigo." Cristo es quien convierte las fuerzas negativas en fuerzas positivas, dignificando la Materia y haciéndola merecedora de la mayor alabanza del yo poético que ahora se dirige a un Tú más determinado y definido aún:

Yo te bendigo, Materia, y te saludo, no como te describen reducida o desfigurada, los pontífices de la ciencia y los predicadores de la virtud, un amasijo, dicen, de fuerzas brutales o de bajos apetitos, sino como te me apareces hoy, *en tu totalidad y tu verdad*.

Te saludo, inagotable capacidad de ser y de transformación donde germina y crece la sustancia elegida.

Te saludo, potencia universal de acercamiento y de unión mediante la cual se entrelaza la muchedumbre de las mónadas y en la que todas convergen en el camino del Espíritu.

Te saludo, fuente armoniosa de las almas, cristal límpido de donde ha surgido la nueva Jerusalén.

Te saludo, medio divino, cargado de poder creador, océano agitado por el espíritu, arcilla amasada y animada por el Verbo Encarnado.²⁶

Tanto los científicos como los moralistas desconocen justamente la potencia espiritual de la materia, su condición reveladora de ser,

25 Pierre. Teilhard de Chardin, "Pensamientos XLV", en *Himno del Universo*, op. cit., 98.

26 Pierre Teilhard de Chardin, "Himno a la Materia", en *Ibid.*, 64-65.

su capacidad de engendrar acción, de ser fuente de la armonía de los cielos, los cuales se presentan aquí, ellos también, como materiales. El final es, por ello, un canto a la unidad gestada por la carne, un canto a la pureza de la carne:

Tú, Materia, reinas en las serenas alturas en las que los santos imaginan haberte dejado a un lado; carne tan transparente y tan móvil que ya no te distinguimos de un espíritu.

¡Arrebatáanos, oh Materia, allá arriba, mediante el esfuerzo, la separación y la muerte; arrebatáme allí en donde al fin sea posible abrazar castamente al Universo!²⁷.

La Encarnación ha alcanzado su cumbre en la unidad. Se trata de una operación creadora que no nos amasa como materia inerte, sino que nos vivifica por acción del fuego²⁸. Es la experiencia del místico que encuentra la pureza en la unificación interior del ser individual en Dios y la unificación del ser social en el amor mutuo²⁹. El relato se clausura en el mismo escenario del comienzo:

Abajo, en el desierto que ha vuelto a conocer la calma, alguien lloraba: «¡Padre mío! ¡Un viento alocado se lo había llevado!».

Y en el suelo yacía un manto³⁰.

Arriba la materia transfigurada y abajo el desierto y la ausencia de la integración aún por lograr. Sólo han quedado el llanto y la voz de un narrador en tercera persona. De la muerte sólo un vestigio en el manto: cuerpo y alma unidos están ahora habitando dentro de los inconmensurables muros de la Jerusalén celestial. Al abrirnos a la fuente inagotable del amor desbordante que se esconde en las profundidades de la creación material, Teilhard nos ofrece hoy un camino de superación de las pequeñas individualidades. Es precisamente allí donde Dios habita y adonde nos invita a habitar hermanados en Cristo que es Señor del cosmos y de la humanidad. Así lo expresa el autor en *Pensamientos XLVI*, cuando dice:

27 *Ibid.*, 65.

28 Cf. Pierre Teilhard de Chardin, "Pensamientos XLV", en *Ibid.*, 98.

29 Cf. *Ibid.*, 103.

30 Pierre Teilhard de Chardin, "Himno a la Materia", en *Ibid.*, 65.

Cristo nos religa y nos manifiesta los unos a los otros. [...] Cristo recoge, para la vida por venir, las ambiciones ahogadas, las luces incompletas, los esfuerzos inacabados o malogrados, pero sinceros. [...] Porque serán salvos quienes, transportando audazmente fuera de ellos mismos el centro de su ser, osen amar a otro más que a sí, se conviertan en este otro de alguna manera, es decir, atraviesen la muerte para buscar la vida³¹.

Recuperar la pasión y el sentido por la vida en toda la riqueza de su dinamismo dramático, convertir las ausencias en presencias y las muertes en vida es el legado de este cantor de la evolución, y como tal cantor de la unidad, que ha sido llamado por ello el "místico de la era tecnológica"³².

Bibliografía

Balthasar, Hans Urs von. *Gloria. Una estética teológica 3. Estilos laicales*. Madrid: Encuentro, 1987.

_____. *Gloria. Una estética teológica. 5. Metafísica Edad Moderna*. Madrid: Encuentro, 1988.

_____. *Gloria. Una estética teológica. 7. Nuevo Testamento*. Madrid: Encuentro, 1989.

_____. *Teodramática 2. Las personas del drama. El hombre en Cristo*. Madrid: Encuentro, 1992.

Fierro, Alfredo. "Prólogo", en Pierre Teilhard de Chardin, *Himno del Universo*, traducción de Florentino Pérez. Madrid: Trotta, 2004.

Florio, Lucio. "Una segunda ingenuidad para mirar el cosmos", en Pontificio Consejo para la Cultura y Cecilia Avenatti - Juan Quelas (coord.), *El camino de la belleza. Documento y comentarios*. Buenos Aires: Ágape Libros, 2009.

31 Pierre Teilhard de Chardin, "Pensamientos XLVI", en *Ibid.*, 99-100.

32 Ignacio Larrañaga, *op. cit.*, 67.

- Gesché, Adolphe, *El sentido. Dios para pensar*. Salamanca: Sígueme, 2004.
- King, Ursula. "Introducción: El corazón de la espiritualidad de Teilhard de Chardin", en Pierre Teilhard de Chardin, *Escritos esenciales*, introducción y edición de Ursula King. Santander: Sal Terrae, 2001.
- Larrañaga, Ignacio. *Salmos para la vida*. Buenos Aires: San Pablo, 2008.
- Leclercq, Jean. *El amor a las letras y el deseo de Dios. Introducción a los autores monásticos de la Edad Media*. Salamanca: Sígueme, 2009.
- Lubac, Henri de. *La oración de Teilhard de Chardin*. Traducción de Salvador Cabré. Barcelona: Estela, 1966.
- Marchese, Angelo – Forradelas, Joaquín. *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria*. Barcelona: Ariel, 1998.
- Pény, Jean-Marie. "La grande renaissance de la littérature chrétienne", en Jean Duschesne (dir.), *Histoire Chrétienne de la Littérature. L'esprit des lettres de l'Antiquité à nos jours*. Paris: Flammarion: 1996.
- Teilhard de Chardin, Pierre. *Hymne de l'Univers*. Paris: Éditions du Seuil, 1961.
- _____. *Himno del Universo*. Traducción de Florentino Pérez. Madrid: Trotta, 2004.
- _____. *Escritos esenciales*. Introducción y edición de Ursula King. Santander: Sal Terrae, 2001.

Recibido: junio de 2010
Arbitrado: julio de 2010